

ALBERT RONALD MORALES

OLGA LUCÍA CÁRDENAS

Le encantaría ver de nuevo esos paisajes colombianos que tantos recuerdos gratos le traen a la memoria. Cuando era niño, sus padres tenían una finca en El Carare, Santander, donde jugaba con sus hermanos a ser héroes al mismo tiempo que trabajaban la tierra.

"Necesariamente, para llegar hasta la casa teníamos que caminar durante seis horas por entre las montañas, en medio de cultivos de arroz y de maíz. Un día, Luis, mi hermano mayor, y yo caímos con paludismo. Los síntomas nos comenzaron en pleno recorrido. Nos sentíamos tan mal que no podíamos subirnos a la mula porque llevaba carga, pero así con fiebre y muy enfermos logramos llegar hasta la casa", cuenta Albert Ronald Morales.

Cuando su madre los recibió, muy asustada, lo primero que hizo fue consultar libros de varios autores extranjeros sobre curaciones con yerbas y frutas que tenía guardados. Como buena vegetariana no creía en las drogas químicas.

"Recuerdo que encontramos que la verdolaga, la piña rallada y las compresas de arcilla sobre el estómago así como los baños de sol ayudaban a curar el paludismo. Seguimos al pie de la letra las indicaciones y a los cinco días estábamos recuperados y de nuevo en el campo. Así nos curaron en dos oportunidades de esa enfermedad".

A partir de esa experiencia, le surgió a Albert la inquietud por investigar sobre las maravillosas bondades de las frutas. De esas que, según él, "se pierden inexplicablemente en el suelo de las zonas rurales", manifiesta.

"El limón es el mejor antiséptico, la naranja caliente con miel de abejas resulta ideal para la gripe y el jugo de guanábana ayuda a bajar la fiebre de la misma manera que el anón, las guamas y el icaco".

Eso no sólo lo leyó Albert en los libros, porque devoró toda la bibliografía existente. También se dedicó a experimentar en el laboratorio con su grupo de trabajo, con esos amigos con los que realizó el estudio histórico y antropológico de las frutas. "En un momento llegamos a ser 38 investigadores pero después de 1989 cada uno tomó su rumbo y yo seguí sólo. Lo cierto es que recolectamos fósiles para averiguar desde qué época da-



Fotos Abel Cárdenas

A pesar de haber perdido la vista hace seis años ha tenido éxito en todo lo que se ha propuesto. Dirige un programa radial dedicado a la ecología y hace poco lanzó al mercado el libro *Frutoterapia, el poder terapéutico de 104 frutos*. Este es su testimonio

tan las frutas y descubrimos que el aguacate y las nueces por ejemplo, tienen más de 50 mil años. Encontramos en total dos mil 500 fósiles de frutas de las cuales dos mil han desaparecido y 500 aún existen".

Cada día le parecía más apasionante el tema. Comenzó entonces a dictar conferencias y seminarios sobre frutoterapia. Se le incrementó día a día su trabajo hasta que sufrió un accidente y poco a poco empezó a perder la visión.

La última luz

"Prefiero no contar detalles, simplemente en el ojo derecho sufrí un desprendimiento de retina y en el izquierdo, un politraumatismo en retina y córnea. Cada día la visión era menor y la última luz la vi un día de 1992".

El haber perdido la vista de esa manera le dio tiempo para afrontar con valentía y serenidad el momento de enfrentar la oscuridad. Por eso, cuando quedó en sombras no le dio al dolor ni pensó en suicidarse. Por el contrario, le puso más empeño a su trabajo y aprendió a valerse por sí mismo.

Para ese entonces, ya se había trasladado con su familia de Bucaramanga a Bogotá. "Mi mamá fue y ha sido un gran apoyo. Ella y mis hermanos me enseñaron que yo sólo podía hacer todas las cosas que me propusiera siempre y cuando me preparara bien y pusiera todo de mi parte. '¡Vamos! Tú puedes hacerlo', era su consigna favorita y así lo aprendí".

Posteriormente, acudió durante algún tiempo al Instituto Nacional para Ciegos. Su propósito era aprender el sistema *braille* (escritura para invidentes que consiste en signos dibujados en relieve para poder leer con los dedos) pero como es tan impaciente no lo logró. "Me pareció demasiado lento". Entonces, aprendió a manejar el bastón y a caminar por las calles de Bogotá. Inclusive se fue a vivir sólo.

"La ropa no era problema. Mi mamá o mis hermanas me ayudaban a comprarla y como yo conocía los colores, marcábamos cada prenda de manera que al tocarla pudiera saber de qué tono era. Así salía a la calle muy bien combinado y con los zapatos relucientes. También me indicaron como manejar la cocina". Después de un tiempo se enamoró y contrajo matrimonio.

El escritor

Albert trata de ser independiente hasta donde puede. "Me aburre la dependencia, en ocasiones quisiera yo mismo leer, escribir...". Tal vez por esa razón es tan hiperactivo. El mismo se arregla el bigote, cuando tiene tiempo lava la loza o realiza otras labores... todo gracias a que desarrolló muy bien los sentidos del tacto y olfato.

Además, tiene una gran capacidad para memorizar que admiran todas las personas que le rodean. Para poder continuar con su labor investigativa Albert contrató a un asistente que es "la luz de mis ojos": Mauricio Infante, un comunicador social. Él le da las instrucciones y Mauricio le consigue toda la documentación necesaria y le lee por largas horas. "Además, con una sola vez que me lean entiendo y memorizo, por eso puedo dictar conferencias y seminarios por todo el país".

Para escribir el libro *Frutoterapia, el poder terapéutico de 104 frutos* necesitó de la ayuda de él y de su esposa Jeanette Jaime González. Entre los tres realizaron una ardua tarea durante varios años y en estos momentos acaban de lanzarlo al mercado y varios medios de comunicación lo han incluido en su lista de recomendados del mes.

"Pero lo que más me ha ayudado a desarrollar mi trabajo físico e intelectual es la práctica del yoga. Todos los días medito y siempre le doy gracias a Dios por lo que tengo".

Amor en sombras

No se detiene un minuto cuando se habla de frutas o de ecología. No en vano, Albert es actualmente el presidente de la *Asociación Mundial de Amigos de la Tierra* y de la *Asociación Mundial de Frutoterapia*.

Precisamente, a raíz de estar tan vinculado con esos temas creó el *Magazín Ecológico Nacional*, programa radial que dirige y que se emite todos los días por la Radiodifusora Nacional

de Colombia a las doce del día y a las cinco y media de la tarde en onda corta.

Precisamente en una conferencia sobre ecología conoció a la abogada Jeanette Jaime González: abogada y una de las primeras mujeres que habló sobre derecho ambiental en el país. No en vano, realizó la primera tesis de grado sobre ese tema en la Universidad Externado de Colombia.

Desde entonces, ella ha representado al país en diferentes foros interna-

cha pereza de ir, pero una amiga me insistió tanto que asistí. Resultó muy interesante pero al final los únicos que hicimos preguntas fuimos Albert y yo. Segundos después alguien nos presentó y él me invitó a tomar café con arepa. Yo le dije que era muy aburrida por ser vegetariana y me juró no llevarme a ningún sitio en el que oliera a carne".

Desde ese momento comenzaron a hablar a diario. A ella no le importaba que fuera invidente. Con su trabajo en el INCI aprendió a no tener prejuicios. Los dos coincidían en el campo del humanismo y la ecología y en muchos otros aspectos que los llevaron a ennoviarse en 1992 y posteriormente a formar un lindo hogar.

"La gente es terrible. Socialmente me marginaron mucho, pero a mí me encanta romper esquemas y mi amor por Albert es inmenso. Lo amo mucho", dice Jeanette..

"Ella es todo para mí al igual que nuestra hija de tres años, Daya. Yo estuve presente en el parto que fue en el agua. Me puse muy nervioso pero cuando escuché su llanto sentí una gran emoción, nervios, alegría... y cuando el médico me dijo 'tienes una preciosa mona' la sensación fue mayor", recuerda Albert.

Hoy en día, los tres más el asistente viajan juntos por todo el país dando conferencias y seminarios sobre frutoterapia y ecología humana y cotidiana. Jeanette se entregó por completo a él, le organiza todas sus actividades y luchan juntos por la misma causa.

"Los invidentes podemos ser felices, asegura él. Solo es cuestión de que nos demos la oportunidad. Daya, por ejemplo, me ayuda a descubrir el mundo. Me toma de la mano, me enseña los cuentos, la textura del vestido nuevo, su lindo peinado... También vemos juntos televisión y vamos a cine. Sí, vemos porque no hay nada peor que a los invidentes les cambien el lenguaje propio de cada cosa. Es tan terrible como que los llamen ciegos", concluye Albert. ♦



Albert Morales y Jeanette Jaime se casaron hace cinco años y tienen una hija Daya, de tres. Cuando salen a la calle ella jamás lo toma del brazo ni le advierte qué debe hacer. "Él puede caminar solo siguiendo el movimiento del cuerpo de quien vaya a su lado. Como Albert tiene una memoria prodigiosa, con una vez que le indiquen cómo es el lugar donde se encuentra basta," cuenta ella.

cionales. Pero por esas cosas de la vida, un día aceptó un trabajo en el Instituto Nacional para Ciegos y allí estuvo año y medio. "Soy humanista, señala su esposa, me interesa la gente, yo era la jefe de personal y de servicios administrativos y desde ese cargo aprendí mucho sobre invidentes. Recuerdo que pasaba por el corredor y uno de ellos me decía: 'Adiós doctora'. ¿Cómo sabe que soy yo?, le preguntaba. Y él me respondía: 'Por el caminado y por su olor a mujer'".

Desde su ventana, Jeanette veía cómo los invidentes cruzaban la avenida. Aprendió a conocerlos muy bien hasta el día en que renunció a su cargo para viajar a Perú como representante de Colombia en un congreso de derecho agrario. "A mí regreso me invitaron a una conferencia y tenía mu-